

mandarle á Mixcalco codo con codo y aplicarle la ley que los republicanos le aplicarán Dios mediante...

(En este instante se produce una confusión; gritan los enemigos de Márquez; éste reniega, todos hablan, peroran, reclaman, manotean, se hacen cargos, se acusan y se defienden. Al fin salen gritando como locos y amenazándose como ebrios. Sólo quedan en el salón el Lugar-teniente del Imperio y el general O'Horán.)

MÁRQUEZ

Pero ¿ha visto usted qué osadía de bandidos? ¡Ponerse á dudar, ellos, soldados de secano, de la eficacia de mis disposiciones y de la autenticidad de mis noticias!... Esta misma tarde procederá usted á aprehenderles sin dejarme títere con cabeza.

O'HORÁN

Para mí, que éstos en conjunto ó alguno de ellos en particular, están en connivencia con los liberales para entregarles la plaza...

MÁRQUEZ

¿Entregar la plaza? ¡Guay de ellos si así lo hicieran! No garantizaba que sus cabezas les duraran sobre los hombros media hora escasa... Darían muestras de no conocerme si tal hicieran...

O'HORÁN

Y el viejo Vidaurri es el autor de todo; no lo dude usted...

MÁRQUEZ

Pues Vidaurri ó quien sea me lo tiene que pagar; se lo juro á fe de caballero.

O'HORÁN

Si usted no tiene algo más que mandar...

MÁRQUEZ

No les aprehenda usted; vale más vigilarles.

O'HORÁN

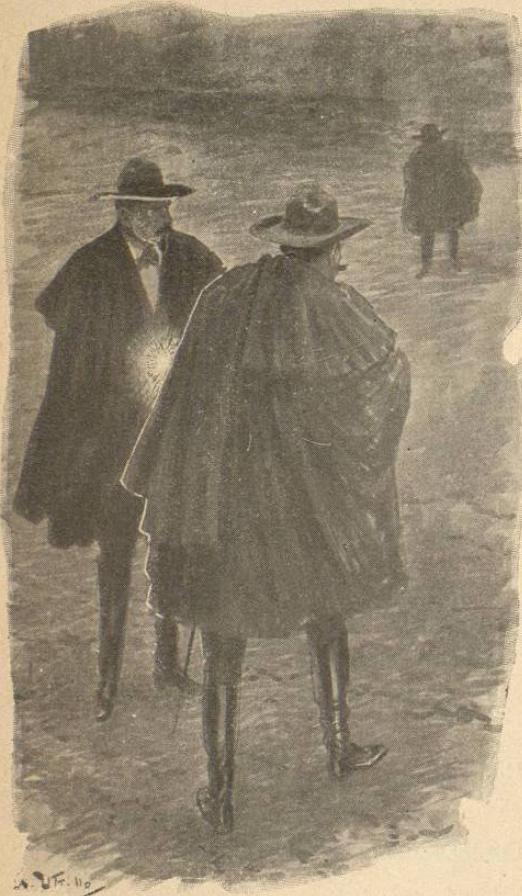
Así se hará...

ESCENA CUARTA

PORFIRIO DÍAZ, O'HORÁN, un embozado.

Pasa esta escena en la calzada que comunica la ciudad de México con la villa de Guadalupe. Se acercan con paso cauteloso dos figuras que al llegar cerca de la fortificación se detienen y husmean el horizonte como en busca de algo que les dé á conocer la proximidad de una persona ó señal que esperan. Al convencerse de que están cerca de un vallado que á cuenta se indicó como meta, los embozados se detienen y sacan una linterna pequeña de vidrios rojos y azules y la zarandean

por el aire; en ese instante suena una descarga y la linterna se apaga; uno de los embozados, sin darse cuenta del peligro que corre, empieza á jurar desaforadamente. El otro embozado, que es un viejo conocido nuestro, el general Porfirio Díaz, le tranquiliza con calma y sin apresuramientos.



EMBOZADO

(Que es hombre alto, recio de miembros, un tanto encorvado, de gran cabeza y de voz de Esténtor, dice á gritos como continuando una conversación empezada:)

Te lo dije; con traidores ni á bañarse... ¿Qué pitos venimos á tocar en esta calzada del demonio, donde á lo más tenemos la expectativa de que nos den un tiro?

PORFIRIO

(Con calma.)

No tienes razón; se trata de una equivocación y no de una celada; verás como llega el hombre que esperamos.

EMBOZADO

Llegará á recoger nuestros cadáveres; y para entonces, muchas gracias.

(De repente se ve salir como por escotillón á un sujeto bajito de cuerpo, embozado también hasta los ojos y con aspecto de quien ha atravesado pantanos y lodazales, pues lleva las huellas — por cierto nada limpias — en el pantalón, los zapatos y el capote. Al descubrirse, los que aguardan reconocen al general O'Horán.)

PORFIRIO

Creí que debíamos dejar la entrevista para otro día, pues cuando menos nos lo figurábamos sonó una descarga y tuvimos que ocultar la linterna.

EMBOZADO

Yo le dije á Porfirio que no había que fiarse; desde el momento que usted se pasó á la traición, había que pensar en que era capaz de todo.

O'HORÁN

(Desentendiéndose de lo que dice el acompañante de Porfirio, cuyas despachaderas quizás conoce, le dice á éste:)

No contaba con que Márquez anduviera á esta hora haciendo su ronda; pero afortunadamente no notó cosa y podemos hablar tan largamente como lo deseemos.

PORFIRIO

Conste que esta entrevista obedece sólo al deseo que usted ha manifestado de que se le escuche; pero sépase una vez por todas, que no he tenido ningún interés en verme á solas con usted ni en conocer las cosas que desea comunicarme.

O'HORÁN

En efecto, he sido yo quien ha solicitado esta entrevista, pues pretendo, ante todo, demostrar que soy el mismo amigo de siempre. ¿Se acuerda usted, Porfirio, del cinco de Mayo?

PORFIRIO

Me figuro que no desearía usted tener esta entrevista conmigo para evocar recuerdos de tiempos pasados...

O'HORÁN

Yo siempre fuí amigo, siempre fuí admirador de usted; nadie presagió con más claridad que yo, la carrera rápida y merecida que usted ha recorrido... Y créamelo, mi metimiento con estos malditos, no obedece sino al deseo de salvar á las gentes que quiero, de serles útil en algo. Tengo muy buenos amigos entre los liberales: Sánchez Solís, Payno, Lalanne, Riva Palacio... Mi tío, ya usted sabe, don Pedro Escudero y Echanove, fué quien tuvo la

culpa de que yo aceptara la prefectura de Tlalpam... Pero tiene usted razón,

(Notando las señales de enfado de parte de Porfirio.)

vamos al asunto, que no hay tiempo para hacer comentarios. Le he pedido á usted esta entrevista para decirle algo que puede convenirle: yo, yo mismo, Tomás O'Horán, me comprometo á entregarle á usted la plaza de México con todas sus adherencias, usos, costumbres y servidumbres; ya usted me entiende, con todos los que están dentro, lo mismo conservadores que liberales.

PORFIRIO

(Con calma.)

Viene usted á ofrecerme algo que ya tengo, algo con que ya cuento; se expone usted á que le diga lo que el diablo al que le ofrecía el alma, y al cual el demonio le respondió que no le compraba lo que ya tenía bien adquirido.

O'HORÁN

(Contrariado.)

Sin embargo, yo no la veo tan ganada de parte de ustedes; todavía tenemos buenos elementos en la plaza y usted no podrá continuar el sitio sin exponerse... es claro, sin exponerse á muchos peligros... para usted es buen negocio esto de aceptar lo que yo le propongo... Fíjese, general, fíjese, en que para un jefe de ejército no hay

nada más conveniente que ahorrar la sangre de sus tropas; la sangre del soldado, general, qué cosa tan vital, y cuánta necesidad de que los jefes... digo yo...

(Sin encontrar la palabra que exprese su idea.)

la ahorren, la economicen, la cuiden... vamos...

(Renunciando á hallar el vocablo que busca.)

PORFIRIO

La sangre de mis soldados está bien cuidada, pues no les expondré á un asalto, sino cuando esté convencido de que ustedes no se rinden voluntariamente; sabiendo, pues, como saben la situación de Querétaro y la prisión de Maximiliano, no creo que continúen haciendo la locura de tratar de defenderse.

O'HORÁN

¿Locura? No la llamaré yo locura sino defensa desesperada; y al fin y al cabo, salimos ganando, porque ustedes no me parece que se encuentren muy boyantes en tropas y mantenimientos... Esa batalla de Puebla y la otra que le ganó usted á Márquez le han de haber dejado muy destanteado... ¡Qué caramba! ¡si no fué cualquier cosa lo que usted tuvo que hacer!... Se la doy al más templado, y estoy cierto que no me la hace; vencer á un enemigo tres veces mayor en número y quedarse listo para seguir

luchando, no se puede todos los días ni será cosa que se le pueda exigir á usted... ¿No le parece?

PORFIRIO

Está usted equivocado; puedo recibir á la hora que lo desee, cuantos refuerzos apetezca; para ello me bastará con abrir la boca; pero si no lo hago, será que no lo he menester... En cuanto á que mi tropa necesite mantenimientos, tengo manera de demostrarle á usted que está perfectamente provista; vea aquellas luminarias; son de soldados que guisan su cena en lugares á donde no pueden llegarles las balas de los defensores de la plaza... A toda hora acuden gentes que venden provisiones y que saben que aquí hay quién consume y quién pague con dinero contante y sonante, pues los sueldos de los oficiales y el prest de los soldados están al día...

O'HORÁN

No será tanto; pero en fin... quiero suponer que todo camine como dice y que no hay necesidad estricta de la medida que le propongo; pero vamos á ver: ¿van ustedes á tener inmovilizada tan grande cantidad de tropa frente á una plaza que nunca ha sido tomada por asalto y que probablemente no lo será jamás?...

PORFIRIO

Las inmovilizaremos por todo el tiempo que sea necesario; ya usted ve, yo acabo de casarme; pues bien, me obligo á permanecer aquí hasta tener hijos y dejarles de buen tamaño si es necesario estar aquí...

O'HORÁN

¡Vaya, vaya, que está usted de guasa! Yo me comprometo á lo que digo, y creo que le costea á usted; ¿qué dice?

PORFIRIO

¿Y qué pide usted en cambio?

O'HORÁN

Casi nada; lo que menos puede poseer un hombre: la vida, la vida que es lo que más pesa, lo que más se abomina, lo que más perjudica... Por de contado que me obligo á no volver al país... Aunque también se me ocurre que el Gobierno me mande á combatir á los bárbaros, á los eternos enemigos de la sociedad... Yo tengo valor, valor bien probado, á usted le consta... ¿Por qué no había de servirle á mi país exterminando á esos infames?... ¿Qué dice?

PORFIRIO

Digo que no es cosa mía, que es del Gobierno, del

Presidente... Si Juárez quiere, bien puede perdonar y hasta rehabilitar á usted...

O'HORÁN

El Presidente me estimaba; yo le acompañé desde aquí hasta Querétaro, mandé las caballerías que salieron en compañía del Gobierno...



GENERAL O'HORÁN.

PORFIRIO

Pues no dejará de perdonarle...

O'HORÁN

(Con amargura.)

No, no me perdonará; bien sabe usted sus intenciones.

PORFIRIO

Las ignoro completamente.

O'HORÁN

Bien; pero usted es mi única esperanza; en usted confío...

PORFIRIO

Yo, nada puedo hacer...

O'HORÁN

(Desesperado, después de recapacitar un rato.)

Bien; pero dígame por su vida, ¿qué empeño tiene usted en fusilarme?

PORFIRIO

Empeño, no tengo ninguno; pero como sé bien que cuanto usted me ofrece y me ofrezca, no tiene fundamento ninguno, porque no puede cumplirlo, me abstengo de tratar.

O'HORÁN

Nada de eso; usted debe tener la consigna de fusilarme...

PORFIRIO

Tan no tengo empeño en fusilar á usted, que si usted consigue evadirse, y no hay quién me delate el lugar en que está oculto, yo no haré investigaciones para aprehenderle.

O'HORÁN

Eso no me basta; Juárez...

PORFIRIO

(Poniéndose en pie y dando por concluída la entrevista.)

Nada más puedo hacer.

O'HORÁN

Adiós, Porfirio.

ESCENA QUINTA

Ocorre esta escena en la sacristía y dependencias de la iglesia de los Angeles, especialmente destinada á salón de Consejos de guerra de la plaza sitiada. Poco á poco van entrando, reconciliados ya, los ministros y generales que vimos figurar en la tremenda escena de las recriminaciones y de las injurias, exceptuando el general Portilla, más pundonoroso, ó más aborrecido de Márquez que los otros personajes. Llega después el general RAMÍREZ DE ARELLANO, en compañía del Lugarteniente del imperio.

MÁRQUEZ

Les presento á ustedes, señores y compañeros míos, á una persona de cuya seriedad é inteligencia no pueden dudar, y cuyas fuentes de información no pueden rechazarse como falibles, pues viene ahora del punto mismo de los acontecimientos que va á relatarles. El señor general Ramírez de Arellano fué el jefe de la artillería imperial durante el sitio de Querétaro, y su comportamiento llegó